

LA ULTIMA PALABRA

Aquí estoy, pensando donde ir.

Quiero volver a sentir el ir y venir del agua fría en la orilla de la playa mojándome los pies, mientras se cuele la arena arrastrada entre mis dedos y me voy hundiendo lentamente hasta caer de culo y quedar sentado en la arena mojada. Me acaricia la brisa marina y me abre las fosas llenándome de aroma de sal y algas. El Sol calienta mis hombros y me obliga a entornar levemente los ojos. Aprecio en la lejanía la línea que separa los dos azules, mar y aire, océano y atmósfera; la línea que nos indica la dirección hacia mundos desconocidos, misteriosos y enigmáticos, donde siempre quise ir.

Volver a salir en bicicleta a la montaña sintiendo el traqueteo del manillar y percibir el aroma de los pinos y la tierra mojada del camino mientras pedaleo y me siento vivo, acalorado por el esfuerzo pero emocionado por el desafío. Siempre me gustó notar como se deslizaban las gotas de sudor de mi frente hasta la punta de mi nariz y al volver a casa meterme con bicicleta y todo bajo la ducha de la piscina y acabar con un chapuzón frío y revitalizante.

Quiero sentir el calor del fuego de la chimenea acariciándome el rostro y que me reconforte el cuerpo mientras saboreo a pequeños sorbos una copa de licor poderoso y aromático, con los pies descalzos sobre la alfombra y la mirada perdida en las llamas que bailan frente a mí. Oír el suave ronroneo de las llamas bailando salpicado por algunas crepitaciones de los troncos, quejándose ocasionalmente del destino que les espera, fuego y ceniza. Como a mí.

Hazme feliz y te regalaré la mejor de mis sonrisas, la tengo guardada durante años. Es un pequeño gesto que deseo desesperadamente lograr utilizando tus manos y tu amor.

Quiero ver caer frente a mi capucha amarilla las gotas de la tormenta que, inesperadamente, ha invadido la placidez soporífera del tórrido verano, oler el aroma arrancado bruscamente de la tierra mojada mientras piso los primeros charcos. Aroma impregnado de lavanda y romero, de césped recién regado y cortado, aroma fresco y húmedo que inspiramos profundamente obligados por su natural descaro al invadir nuestro entorno sin permiso.

Quiero vestirme con mi ropa de baloncesto y convencer a Pepe y a Luis, nuestros hijos, para subir al coche y ponerme a conducir con la música alta, la que nos gusta a los tres y cantarla berreando riéndonos sin parar. Poder jugar con ellos, reírnos de las jugadas, de las trampas y acabar comiendo unos perritos con una Coca haciendo guarradas en el burger del centro comercial.

¡Hazme feliz! y te regalaré la mayor de mis sonrisas. Me harás viajar al horizonte desconocido, no quiero más. Lo que pude hacer en esta vida lo hice mientras me fue posible y ahora estoy en vía muerta; atrás no es posible viajar y no tengo vehículo para avanzar.

Aquí ya terminé mi labor y es inútil intentar seguir adelante, la diagnosis ya no deja duda; lo único que me queda es imaginar lo que podría haber sido, lo que no será o recordar con nostalgia lo que no volverá. Todo lo que vivo ahora es un incesante flujo de impulsos neuronales que no tengo forma de hacerte entender. Que pena.

Ni siquiera mis ojos os pueden ofrecer la más leve sospecha de mi agonía. Hasta para llorar necesito que se le vaya la mano al enfermero con el suero fisiológico y deje caer alguna gota de más cuando veo un intenso blanco un momento y pronto se apaga. Os oigo y grito por dentro, nadie me escucha, no emito sonido, todo es negro.

Quiero llorar, necesito llorar cuando vienen nuestros hijos a ver lo que queda de su padre y me observan percatándose de que, con cada visita que hacen. Les oigo como les va quedando menos del padre al que deseaban visitar. Acuden a una habitación del hospital a ofrecer sus mejores deseos y sentimientos, su amor a su padre pero allí ya no hay nadie que se le parezca mínimamente; lo que notan en sus corazones es más y más vacío.

¡Hazme feliz! Solo tienes que retirar el respirador y empujar la almohada sobre mi rostro un rato. Ya sabes que no oirás de mi queja alguna, ni movimiento, solo máquinas que sabes ya como desconectar. Cuando vengas a derramar tu paz sobre mi cuerpo asegúrate y aprieta fuerte mientras tarareas nuestra canción, tiempo suficiente para despedirnos. Un hasta pronto.

¡Hazme feliz! ¡Desconéctame! Podré abandonar por fin mi cuerpo y elevar el vuelo, escapando por la ventana a pasar entre las hojas de los árboles, acompañar a las golondrinas un rato y posarme luego en alguna nube a

observar otra vez la vida y volver a ser feliz viendo cómo crecen mis nietos, como disfrutáis de lo cotidiano sin el lastre de mantener el vínculo familiar con un vegetal.

Abajo quedará mi cuerpo inerte por fin, no lloréis demasiado sobre él, mi espíritu os estará abrazando. Solo recordad nuestros buenos momentos, nuestros abrazos y nuestras sonrisas. Mi memoria estará dentro de vuestros corazones y podréis volver a vivir la vida sin un sufrimiento constante hipotecando vuestro día a día.

¡Hazme feliz! ¡Hazme viajar cariño!

Además estoy seguro que lo has pensado hacer, de una manera u otra lo has pensado. Siempre has estado a la altura en todos los contratiempos que nos ha regalado la vida. Este contratiempo es el último para mí y para ti y la solución solo depende de ti, de tu última palabra.

¡Déjame ir y vuelve a vivir! La última palabra la tienes tú.

Cada vez que oigo tus pasos acercarse mientras vienes hablando con el enfermero pienso si será esta vez por fin. El enfermero te acompaña hasta la silla situada al lado de mi cabecero y nos deja solos, a ti y lo que queda de mí. Como cada día oigo como me dices suavemente al oído "te quiero mi amor" con suave y tierna voz. Empiezas a cantar lentamente nuestra canción preferida.

¿Es por fin ese olor el del almidonado de la almohada?

Bendita lavandería del hospital, por fin la lágrima que emana la comisura de mi ojo es real. Y ahora a volar.